

# VELÁZQUEZ O LA INDOLENCIA

(Siguiendo a Ortega con una discrepancia).

Velázquez nace en Sevilla en 1599. Muere en Madrid en 1660. Ha vivido por tanto 61 años. No ha alcanzado una edad longeva, pero tampoco ha muerto joven. En 61 años hay tiempo suficiente para dejar realizada una obra fecunda. Velázquez no la dejó; dejó sí una obra maestra insuperable, pero no fecunda. A Velázquez nadie le censura lo que hizo; nadie le discute una pincelada. A Velázquez se le censura lo que no hizo, y entre las censuras, destaca precisamente ésta: su escasa producción.

¿Por qué Velázquez no pintó más? Siendo artífice de una obra perfecta, cabría suponer que pasó su vida retocando y mano-seando sus cuadros. Es conocida su tardanza en entregar los encargos. Sin embargo, la mayoría de sus pinturas —según opinión de los técnicos— tienen un aire así de cosa inacabada, como faltas de ese último sobo que tanto preocupa a los artistas. Además, en ellas, no abundan las pinceladas. Las manos de Velázquez poseían extraordinaria agilidad. No olvidemos que nuestro pintor fué un niño prodigio, y los niños prodigios poseen por gracia esas capacidades de construcción, que el artista normal sólo alcanza después de grandes y reiterados esfuerzos. Para él, pintar era la cosa más sencilla y natural del mundo. Por eso pintaba deprisa.

En 1632, cuando contaba veinticuatro años, fué nombrado pintor oficial de Felipe IV. Este cargo ejerció una influencia decisiva en su vida. Gracias a él puede vivir con holgura sin necesidad de profesionalizar su arte. Solo pinta por mandato del rey o por mandato de su propia inclinación. Velázquez dispone de tiempo a su antojo; y, sin embargo, pinta poco, ¿por qué? Su vida es ordenada y monótona: sin aventuras, sin complicaciones amorosas, sin grandes relaciones sociales o políticas. Es taciturno y poco inclinado a nuevas amistades, conservando tan solo las de la infancia. Casado muy joven con la hija de su maestro Pacheco, comparte con ella una vida serena. Esta serenidad, que constituye la nota más acusada de su humanidad, puede contemplarse en la totalidad de su obra. Aun la agonía en la Cruz queda envuelta de majestuosa serenidad: «¿Ha habido nunca —escribe Ortega— Cristo más cómodamente colocado que el

de Velázquez, un cuerpo que pueda estar más a gusto, más «arrellenado» en una cruz?».

Velázquez, en su porte, es todo un señor. El año de su muerte acompaña a Felipe IV en un viaje a la Isla de los Faisanes, cuando nuestro monarca lleva a su hija María Teresa a contraer matrimonio con Luis XIV. Velázquez triunfa allí no como pintor, sino como señor. «Fué un triunfo —dice Ortega— físico, de su cuerpo y figura, de su prestancia personal, de su elegancia aristocrática, de su porte señorial».

En 1652, Velázquez había solicitado del rey el cargo de «Aposentador Mayor», cargo noble y para nobles. En la familia de Silva de Velázquez, había —según Ortega— un origen de nobleza, hasta el punto de creerse descendientes de Enneas Silvio, rey de Alba Longa. En 1658, Felipe IV le concede el ingreso en la Orden de Santiago, premiando así su obediencia y fidelidad. En el expediente que se instruye al efecto, los testigos declaran que Velázquez no ha ejercido la profesión de pintor como «modus vivendi», sino simplemente como distracción o recreo.

Y aquí es donde cree encontrar Ortega el «por qué» de la sobriedad productiva del pintor.

En Velázquez, según nuestro filósofo, había dos vocaciones: la de pintor y la de noble, con acusado predominio de la segunda. Al referirse Ortega al nombramiento de Velázquez como pintor oficial del rey, escribe: «Trajo esto consigo que Velázquez despertase a su auténtica vocación. Rechaza ahora con horror la idea de dedicarse al oficio de pintor, de inscribir su vida externa e interna a esa figura de existencia». En otro párrafo, dice: «En el estrato inicial más hondo de su alma, Velázquez encontraba este imperativo: Tienes que ser noble». Y más adelante: «El imperativo familiar de destino noble, que por inverosimilitud de su realización había quedado latente en Velázquez, rebrota al punto con vehemencia arrolladora».

Nosotros, que hasta ahora nos hemos ceñido estrechamente al ensayo de Ortega, discrepamos al llegar a este punto. En primer lugar no creemos que exista vocación de noble. Se siente vocación por una actividad, no por una cualidad, aunque aquí se dé a la palabra noble el sentido exclusivo de condición o

